

Henri Lefebvre
DE LO RURAL A LO URBANO

Antología preparada por Mario Gaviria

ediciones península®

La edición original francesa fue publicada por Éditions Anthropos, de Paris, con el título *Du rural à l'urbain*. © Éditions Anthropos, 1970.

Traducción de JAVIER GONZÁLEZ-PUEYO.

cultura Libre

Cubierta de Jordi Fornas.

Primera edición: mayo de 1971.

Segunda edición: octubre de 1973

Tercera edición: enero de 1975.

Cuarta edición: julio de 1978.

Propiedad de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la cubierta): Edicions 62 s/a., Provenza 278, Barcelona 8.

Impreso en Lito-Fisan, Jeume Piquet 7, Barcelona.

Depósito legal: B. 23032-1978.

ISBN: 84-297-0910-X.

VI. Los nuevos conjuntos urbanos *

UN CASO CONCRETO: LACQ-MOURENX
Y LOS PROBLEMAS URBANOS DE LA NUEVA CLASE OBRERA

Los cambios económicos y las transformaciones de las técnicas de producción van unidos a importantes movimientos de población: éxodo a las ciudades y desde las ciudades, concentración y descentralización, reagrupaciones, nuevas aglomeraciones. Todo lo cual plantea el problema práctico y teórico de la *fórmula óptima*.

Semejante problema supone que la investigación (sociológica) deviene o puede devenir eficaz, práctica, «operativa». El problema tiende a actualizar las hipótesis de trabajo, a confrontarlas con las exigencias y las posibilidades. Pero al mismo tiempo, implica una noción de *valor*; tiende hacia una opción, hacia un juicio preferencial que arrastra una decisión objetiva. Con lo cual se deja el conocimiento científico.

Vieja discusión que ha dado pie a muchos considerandos, bizantinos unos, profundos otros. Determinados espíritus protestarán, siempre en nombre de una filosofía de la ciencia que a menudo se presenta como no filosófica (estrictamente positiva), contra los juicios que desprenden valores de los hechos. Estos científicos tienen razón en afirmar las exigencias del rigor. Pero cuando este rigor es tomado al pie de la letra, elimina incluso los problemas y la problemática. Sólo aceptará hechos consumados; sólo tomará conciencia de problemas ya resueltos y de opciones ya superadas.

El *aburrimiento*, por tomar un ejemplo, ¿no es acaso un fenómeno humano observable, que implica en cuanto hecho «positivo» la protesta contra su existencia, el rechazo de sus condiciones, y por tanto un elemento de negación? La insatisfacción es un hecho, como lo es la satisfacción. No profundicemos de momento en estos conceptos y sus vinculaciones dialécticas. Aceptémoslos en su relatividad, y, si se prefiere decirlo así, en sus ambigüedades. Es fácil observar

* «Revue Française de Sociologie», 1960, I, pp. 186-201.

que la «satisfacción» corresponde, en los fenómenos humanos y en las ciencias del hombre, a la noción general de equilibrio «relativo», noción admitida en todas las ciencias y por los positivistas más prudentes o más rigurosos; cuando la «satisfacción» predomina en un grupo, dominando sobre la «insatisfacción», ese grupo tiende hacia una cierta estabilidad. Por su parte, la insatisfacción, colectiva o individual, siempre irá acompañada de conflictos en las relaciones sociales; conllevará desequilibrios múltiples. ¿Cómo prescindir de estos conceptos? Hacerlo sería reducir los fenómenos humanos a elementos numéricos cuantitativos, estáticos y estadísticos.

De ahí deriva una consecuencia. La investigación mencionada, que se pretende operativa, trabaja, sin embargo, sobre un *objeto virtual*, se ocupa de una *posibilidad*: el conjunto satisfactorio (óptimo), admitiendo que pueda concebirse, preverse, realizarse. El conocimiento, aquí, deberá evitar en lo posible el verbo «ser» y el indicativo; utilizará preferentemente el condicional.

Las grandes ciudades modernas tienen mala prensa. Rara vez son mencionadas sin un epíteto peyorativo o infamante: ciudades monstruosas, tentaculares, ciudades-moloc, etc. En este punto, muchos sociólogos y urbanistas coinciden con técnicos de la circulación, o con quienes estudian la polución en las ciudades. Nosotros nos limitaremos a designarlas más prudentemente, con el nombre de «ciudades históricas», o bien con el de «ciudades espontáneas», dejando de momento el sentido de estas apelaciones y las relaciones implicadas. Convendría no olvidar que estas grandes ciudades tienen una pujante individualidad colectiva, una originalidad histórica (¡París!). Guardan, para los individuos y grupos parciales, el máximo de informaciones de posibilidades (prácticas o «espirituales» y culturales), de imprevisto y sorpresas. ¡No permitiremos al funcionalismo de las ciudades nuevas eludir la confrontación con la amplitud y la vida pujantes de las ciudades espontáneas!

Equipos de encuestadores han levantado verdaderas actas de acusación contra las ciudades compuestas de viviendas unifamiliares y contra las barriadas de pabellones en parcelas. La ideología paternalista no atomiza las sociedades en individuos, a la manera del individualismo; las representa como suma de entidades, como colección de familias. Esta ideología resulta tanto más nociva y destructora de la vida

social cuanto que las personas así amontonadas tienen menos tradiciones colectivas, urbanas o no. En los núcleos mineros del Norte encontramos una vida social intensa apoyada en las condiciones del trabajo minero; una vida que se mantiene fuera de la mina, en la vida cotidiana e incluso en el ocio. Esta actividad social resulta bruscamente frenada, si es que no desaparece, cuando se conglera a los obreros trabajando en actividades más recientes, sin tradiciones, en ciudades-dormitorio o ciudades-ghetto (*clapiers*, según la enérgica expresión de los sociólogos que han estudiado el Péage-de-Rousillon,¹ las ciudades del Mosela, etc.). Estas ciudades carecen de equipos colectivos e incluso de equipos individuales (calefacción, etc.). Estos equipos resultan demasiado caros. Para condenarlos, bastaría la sola preocupación por extender el mercado de los bienes de consumo duraderos.

Algunas soluciones propuestas

¿Qué soluciones se proponen para los nuevos conjuntos, en construcción o por construir?

PRIMERA SOLUCIÓN: *la unidad de vecindario*, anexa a una unidad espontánea (pueblo, cabecera comarcal, ciudad) ya existente.

Objeciones: Esta propuesta plantea en seguida una serie de objeciones a priori, vinculadas a la problemática general, antes incluso de examinar los hechos. Con toda razón, se busca encarnar en el tiempo y en el espacio (históricos) la colectividad nueva, transferir a ella y en ella la sociabilidad espontánea ya actual. Pero, ¿es seguro que la sociabilidad espontánea se conserva, se reencuentra y se invierte en la nueva aglomeración? ¡No es tan seguro que se establezcan relaciones de vecindad (relaciones buenas y satisfactorias) entre vecinos reunidos por el azar, entre miembros accidentales de una unidad de habitación que no cuentan con un transfondo histórico interventor en las viviendas! La unidad creada resulta ser el apéndice artificial y mecánico de una colectividad orgánica (utilizamos términos de Durkheim) y, tan expuesta está a perturbar y disociar ésta como a

1. Robert CAILLOT, *L'usine, la terre et la cité*, París, Éditions Ouvrières, 1958.

beneficiarse de su influencia favorable, a no ser que las dos colectividades se mantengan pura y simplemente extrañas una a otra. Pronto, cuando presentemos el caso de Bagnols, cerca de Marcoule,² sabremos qué sucede en semejante situación. La unidad nueva puede literalmente captar y condensar cuanto de deficiente tiene la unidad antigua. Entonces, se convierte en una especie de ghetto. Es más, el equipo que necesitaría un conjunto extenso no es factible en una unidad restringida: o bien los costos son enormes, o bien el equipo colectivo es impensable. Con estas consideraciones, recaemos en el problema del alojamiento y el inmueble, que ha sido ya pensado, elaborado y parcialmente resuelto (en particular por Le Corbusier, cuyos proyectos son todavía hoy lo más vivo y estimulante en este terreno).

SEGUNDA SOLUCIÓN: *la ciudad comunitaria*. Una serie de investigadores, sociólogos o urbanistas, se orientan hacia la colectividad «a escala humana». Al parecer, parten de una crítica profunda de las grandes ciudades, de un estudio de los barrios y relaciones de vecindad. Consideran que en un agrupamiento de individuos y familias, ni demasiado restringido ni demasiado amplio, los miembros podrían conocerse y apreciarse; el carácter inmediato, simple, directo, de las relaciones garantizaría el valor ético (el valor moral) de estas relaciones. La espontaneidad resultaría restituida a un nivel más elevado. El grupo, de mecánico pasaría a orgánico. Y de este modo nacería una verdadera comunidad humana. La cifra óptima de miembros se situaría alrededor de los cinco mil.

Objeciones: Por respetables que sean las preocupaciones de los investigadores considerados, y estimables y serios sus trabajos, esta solución obliga a formular numerosas reservas. Más que ninguna otra, disimula postulados no expresados. Permítasenos aquí, sin otro objetivo que esclarecer el problema en una discusión de carácter «altamente científico», formular estos objetivos y explicar los postulados. En primer lugar: una aglomeración en la cual todos se conocen ofrecerá inevitablemente tantos inconvenientes como ventajas humanas. La aglomeración será un pueblo, un burgo o una cabecera. ¿Se pretende «provincializar» las construcciones nuevas, cuando la mundialidad se inscribe en la orden del

2. I. Chiva ha realizado un estudio sobre este tema.

siglo, con sus incertidumbres y aperturas? En los burgos y pequeñas ciudades se respira un aire a menudo viciado, que podría reproducirse en la ciudad comunitaria. Una comunidad cerrada podrá caer inevitablemente en la categoría de círculo cerrado —de círculo vicioso— del que precisamente aspiramos salir. ¿No se tratará de una simple utopía abstracta? ¿Tendrá esta comunidad verdadera vida social? ¿Cómo logrará ese nivel de vida cultural que necesita para sustentar al menos un teatro, una orquesta, escuelas superiores, una universidad, una gran biblioteca? ¿No estará esta tendencia orientándose con su mejor voluntad hacia un fetichismo de la vida comunitaria acompañado de un cierto ascetismo cultural? ¿No percibe el peligro de la constitución de un orden moral particularmente agobiante sobre todo porque sería libremente consentido en nombre de las normas de la vida colectiva?

La impresión es que ciertos espíritus, sin embargo bien informados, se mueven en dos planos que no diferencian, salvo para confundirlos más: el de la observación precisa de hechos materiales y dados, y el de las construcciones ideales. Los hay, incluso, que parecen transponer a modelo sociológico general una forma existente, la comunidad religiosa (la parroquia). Quizás éstos responderían que esta comunidad no tiene nada de cerrada, que por el contrario se abre a lo «transcendente». Ante este acto de fe, el sociólogo se limitaría a responder que esto sería apartarse del terreno del conocimiento.

TERCERA SOLUCIÓN: *la ciudad funcional*. Esta solución podría llamarse técnica o incluso tecnocrática. No es raro que pretenda ser la única científica. Tiene un mérito innegable: no se echa atrás ante la consideración de los grandes conjuntos.

En esta vía los especialistas estudian cuidadosamente (y primeramente en las ciudades existentes) «todas» las *funciones* asumidas y aseguradas por la colectividad urbana. Procediendo analíticamente, distinguen estas funciones, determinando sus vinculaciones, sus estructuras. Luego, proceden teóricamente a una síntesis integral que proyectan prácticamente sobre el terreno en un proyecto que pretende incluir el conjunto funcional total.

Estos proyectos atribuyen a los servicios públicos y colectivos, desde el equipo comercial al equipo cultural, el lugar que los técnicos reclaman para éstos en el contexto

de las necesidades y de la vida moderna en general. Los técnicos del urbanismo se pretenden hombres de una organización integral (o «total»).

Objeciones: ¿Con qué criterio se juzgará que el experto de las realidades sociales y urbanas ha agotado las «funciones» de la ciudad, ha descubierto su jerarquía de urgencia y sus conexiones en el tiempo y el espacio? ¿Acaso lo espontáneo puede definirse, reducirse al análisis y encerrarse en la síntesis operativa? No está demostrado que las aspiraciones y necesidades (individuales y sociales inseparablemente) coincidan con las «funciones» asumidas formalmente por el grupo urbano; éste, no recubre la totalidad social, ni siquiera la de la cultura. Hasta aquí hemos comentado los postulados implícitos de este funcionalismo pueril que considera que el experto puede preverlo todo y ordenarlo todo. Pero nadie puede preverlo todo. Es más, ¿es necesario preverlo todo? En la medida que el sociólogo pueda estudiar la obra realizada en los conjuntos existentes (y de ellos ninguno, en Francia, tiene la talla de «gran conjunto»), nos encontraremos con una especie de concepción positivista, o, mejor aún, «zootécnica», del hombre refractándose sobre el terreno. El funcionalismo integral trae como consecuencia y corolario el aburrimiento, el aburrimiento profundo del ser que realiza puntualmente sus funciones. Cuanto mejor prevé el proyectó, y más avanzado y benévolo es, mejor organiza la conformación de una satisfacción insatisfecha y sin apertura a lo posible. El zootecnócrata reconstituye la actitud paternalista con medios nuevos, más poderosos e inteligentes. Y aunque este esfuerzo tiene méritos innegables (en primer lugar, su preocupación por el rigor científico) nunca traspasa límites estrechos. En esta concepción, la habitación, la vida cotidiana (pública y privada), continúan siendo auxiliares y anexos de la organización técnica del trabajo.

CUARTO CAMINO: *el humanismo dialéctico.* Consiste en una solución virtual, que apenas ha tenido ocasión de aplicarse, y que, en consecuencia, asume un aspecto doblemente hipotético, casi especulativo. Consiste, pues, únicamente en una dirección de investigación. Según ella, el sociólogo estudiará muy atentamente las funciones, criticando al mismo tiempo el tipo de análisis que separa los elementos (las «variables») y rompe su unidad. Prestará atención a lo no funcional, a lo supra o transfuncional (no decimos «transcendencia») en las relaciones sociales. Éstas no se agotan en la noción de rea-

lidad funcional. Cuando se afirma, por ejemplo, que el *juego* tiene una función social, se enuncia una proposición algo vacía. ¿No será la función del juego sobrepasar toda función? Aporta la gratuidad. Lo «lúdico» restaura en la realidad social estructurada la abundancia de la espontaneidad pura, lo imprevisto y lo imprevisible, la emoción y la sorpresa. La vida «espontánea» tiene funciones, las realiza, las desborda, goza así de sí misma, y tiende hacia la plenitud (la satisfacción). Las funciones posiblemente no sean otra cosa que medios. Difícilmente el objetivo de la vida social podrá ser determinado anticipadamente, ni el objetivo económico ni el ético. El arte, la cultura, el juego, inseparables, serán también, a su manera específica, hechos sociales y fenómenos humanos considerables.

Cuando el sociólogo observa la eliminación por los «expertos» de los lugares habituales de sociabilidad espontánea (cafés, pequeños comercios), cuando asiste a la funcionalización de las reuniones y a la destrucción del elemento lúdico, tan evidente en las ciudades «monstruosas», se inquieta; ya no le asombra comprobar las manifestaciones del aburrimiento profundo y creciente, con todas sus consecuencias: sociabilidad falsa y falseada, necesidad de evasión a cualquier precio.

Algunos hechos

La encuesta aquí esquematizada tiene como punto de partida y referencia constante Mourenx, ciudad enteramente nueva, en construcción, alrededor de un vasto complejo industrial, también él en vías de realización (Lacq y sus alrededores).

Esta investigación considera la ciudad nueva como un laboratorio social (entendido no en el sentido de Kurt Lewin, aunque sí de una manera suficientemente precisa: como un espacio vacío en el cual se manifiestan fuerzas sociales muy definidas y donde aparecen los resultados tangibles de las macrodecisiones). Considera igualmente la vida de la ciudad nueva como un sociodrama (no exactamente en el sentido de Moreno, pero sí de una manera concreta: apenas existente, la ciudad nueva tiene una historia no desprovista de carácter dramático; historia que la encuesta siguió desde el principio).

Mourenx, ciudad nueva, se convertirá quizás en un *gran conjunto*, dado el enorme crecimiento del complejo y la multiplicación de las industrias del área. Lacq-Mourenx constituye un «polo de desarrollo» relativamente pequeño, pero real, tomando la terminología de François Perroux. Está implantado en un medio rural tradicional. La encuesta, que partió del estudio del medio rural, ha seguido las consecuencias del choque producido por esta implantación.

Tomando dicha aglomeración como marco de referencia teórica, la investigación se esfuerza en comparar en todo momento. Los elementos hasta aquí reunidos posiblemente sólo sean los jalones preparativos de una investigación que debería extenderse a todas las nuevas ciudades, de Francia, de los países subdesarrollados, socialistas o aquellos que han irrumpido en la vida moderna (Israel, etc.).

Por sus rasgos bien definidos —ciudad completamente nueva, creada según un plan general decidido a niveles de organismos de Estado existentes en un país industrial, situada en pleno campo, en una región casi subdesarrollada, etc.—, Mourenx representa una especie de «caso límite» muy interesante y quizá típico.

Procedamos comparativamente para precisar ideas y definir este carácter típico. Comparemos Mourenx, ciudad nueva, con los nuevos barrios de una ciudad antigua y rica en espontaneidad: Aix-en-Provence. Las razones de esta comparación entre dos casos límites, dos polos opuestos, muy pronto se harán patentes y darán lugar a formulaciones explícitas.

Aix-en-Provence, en otros tiempos ciudad universitaria y centro jurídico administrativo, ha pasado en pocos años de 27.000 a 70.000 habitantes. Ha sufrido una afluencia de población activa muy heterogénea, proveniente en parte de departamentos vecinos (Bajos Alpes, etc.), población que conserva el contacto con sus regiones de origen. A la vieja ciudad, se han añadido nuevos barrios. De ellos, unos tienen cierta autonomía (razón local de existencia) y otros se limitan a ser barrios-dormitorio; ejemplo: Berre, Marignane, etc.

Estos nuevos barrios muestran las diversas soluciones jurídico-administrativas ofrecidas a los realizadores de los conjuntos urbanos. Encontramos tanto grandes empresas constructoras que venden o alquilan alojamientos de precios elevados, como tipos diversos de copropiedad y diferentes modalidades de empresas municipales o departamentales aso-

ciadas o no a empresas privadas o a filiales de Cajas de Ahorros.

No nos interesa este aspecto jurídico-administrativo. Lo sociológicamente importante es que el nuevo habitat así constituido indica una fuerte y diferenciada estratificación social, repartida por barrios no muy alejados, pero que no llegan a constituir entre sí un conjunto.

Primero encontramos, y por empezar por «abajo» (precisamente esta ciudad se llama «Pinède d'en bas») la aglomeración del lumpenproletariado. La ciudad, llamada «de urgencia», constituida drásticamente, aunque a la ligera, está habitada por tipos muy diversos: traperos, vigilantes nocturnos, temporeros de la construcción, norteafricanos, etc. Auténticos proletarios que «no han tenido suerte» se mezclan con marginales. Las características específicas del lumpenproletariado aislado de esta manera se precisan peligrosamente, dominando sobre los otros rasgos sociales. Cada familia se convierte en un «caso», que se limita a tomar conciencia excesiva del propio caso. Las relaciones con el exterior asumen, cada vez más, forma de asistencia pública. En cuanto a las asistencias sociales profesionales, su papel se reduce a mera burocracia. Lo mismo sucede con los militantes políticos que han querido ocuparse de la «ciudad de urgencia» y de sus «casos». Según expresión de uno de ellos:

«En esta población, donde domina el carácter de lumpenproletariado, se sabe leer, pero no se sabe utilizar la lectura. La gente no cuenta consigo misma, ni siquiera para leer y escribir unos párrafos, oficiales o no. Sólo confían en los de afuera, de ellos esperan todo. Su aislamiento social determina sus más simples actos. Nada los estimula. No hay esperanza ni desesperanza. Y no son precisamente televisores lo que falta...»

En un nivel algo superior se encuentra la ciudad denominada «Pinède d'en haut», donde han sido realojadas familias desahuciadas o expropiadas (que provienen de chabolas); sin embargo, el proletariado parece dominar aún, pero muy mezclado con pequeños propietarios, modestos representantes y empleados.

Por encima de estos bloques H.L.M.* de alquiler barato, se halla un conjunto de bloques más confortable y de alqui-

* Habitations à Loyer Modéré.

leres ligeramente superiores (500 apartamentos) que alojan principalmente a parejas de jóvenes que vivían anteriormente en malas condiciones o en casa de sus padres. Aquí, la mezcla de estratos y clases es completa.

Hay que señalar que este conjunto de barrios, aunque importante, dispone de unos servicios colectivos muy reducidos, cuando existen.

Por último se hallan los grupos de viviendas en copropiedad, con diversidad de confort, desde el nivel medio (comerciantes, funcionarios medios y técnicos) hasta el nivel superior (catedráticos, médicos, cuadros industriales, grandes comerciantes, etc.).

La disolución del proletariado (como clase) en el nuevo habitat es espectacular. Y es mayor (según nuestros análisis de la realidad urbana) que en la ciudad «espontánea», donde la clase obrera se mezclaba con el artesanado. Es aún mayor de lo que aquí se puede deducir. En efecto, los obreros, cuyo número es difícil de determinar, pero importante sin embargo, alquilan o compran apartamentos superiores a sus posibilidades. En sus pueblos disponen de bienes, tierras y locales habitables. Citemos a los obreros de la construcción que durante su tiempo libre edificaron casas para venderlas y poder adquirir modernos apartamentos.

El análisis de «vivencias» en estos nuevos barrios de ciudad antigua nos revela los curiosos conflictos entre dos formas de realidad práctica y consciente: la vida y la conciencia de clase, de origen histórico, y la vida y la conciencia según los estratos.

En Mourenx —ciudad nueva—, el panorama es totalmente diferente. En la población fija, el lumpenproletariado no existe, como tampoco los artesanos, los pequeños comerciantes, etc. El proletariado, o más bien «la nueva clase obrera», la de la automatización, con su carácter específico, ocupa los bloques que le han sido señalados. El personal con mando habita (en principio) las «torres» que dominan la ciudad, y que el plan global concibió para romper la monotonía de líneas horizontales. En cuanto a los cuadros y supercuadros, poseen sus chalets en las colinas.

Tenemos ya algunas fórmulas, que no pretenden enunciar leyes, todo lo más tendencias:

En el primer caso límite (Aix), comprobamos la proyección en el terreno de la estructura social de una ciudad ya existente (espontánea), en elementos a partir de ahora dife-

renciados. Esta proyección es el resultado de un conjunto de microdecisiones sin ilación y que buscan resolver problemas locales. La segregación social da resultados inquietantes. Está en oposición con otros fenómenos, especialmente la disolución de la clase obrera como tal en estratos en diferenciación; lo cual da lugar a tensiones y originales conflictos.

En el segundo caso limite (Mourenx), el sociólogo comprueba la proyección sobre el terreno de la estructura técnica (jerárquica, profesional) de las empresas interesadas. Esta proyección es resultado de macrodecisiones, tomadas a escala nacional. La segregación social conduce a la cohabitación en los mismos bloques y en las mismas condiciones de las mismas categorías socioprofesionales. Lo cual inevitablemente acabará en la reconstitución sobre nuevas bases de la realidad y conciencia de clase. Esta reconstitución está favorecida por la supresión de intermediarios (artesanos y pequeños comerciantes), y obstaculizada por el aislamiento general, la monotonía y el aburrimiento.

Presentamos ahora algunas notas tomadas en 1959. Mourenx —ciudad nueva— tenía entonces dos años de existencia y aproximadamente 4.500 habitantes permanentes (la población flotante, que es considerable, es muy difícil de determinar). Cada mes llegan cien parejas aproximadamente.

El aspecto sociodramático, precedentemente descrito, se muestra en «vivencias» que tienen una importancia distinta a la literaria y anecdótica.

Texto extraído de una libreta de notas: «8 de noviembre de 1959. Llegada al Ayuntamiento de Mourenx, a las 11. No he podido entrevistar a las personalidades previstas, a causa de una agitación enorme entre notables y dirigentes locales de organizaciones (sindicatos, etc.). Éstos habían decidido la celebración de una vistosa ceremonia el 11 de noviembre (con un baile de noche). Evidentemente, las autoridades locales quisieron utilizar esta ocasión para reforzar los lazos de convivencia de la comunidad, de reciente creación, para señalar públicamente su existencia y para subrayar la actividad de la municipalidad elegida recientemente. El señor alcalde, hombre educado y activo, un poco desbordado por la amplitud de sus funciones y responsabilidades, no disimula estas intenciones. Acaban de darse cuenta que falta un ingrediente indispensable: los muertos. ¡No hay muertos en la ciudad radiante, no hay monumentos en la ciudad nueva!

Personificada en sus representantes, duda y se interroga; tiene necesidad de muertos, necesita un pasado. Palabras. Hechos. El comisario de Policía, muy importante, llega; ¿y después quién? Ignoro el nombre de las personalidades... La decisión ya está tomada: la ceremonia tendrá lugar en el viejo pueblo. Por otra parte, parece ser que algunos difuntos de la ciudad nueva, comprendidos los accidentados, han sido inhumados en el viejo pueblo...»

Comentario (los comentarios pueden exceder el contenido inmediato): El texto precedente pasaría por literario según los «cuantitativistas» sectarios (Sorokin escribiría: los «cuantofrenos»).

Sin embargo, necesita un doble comentario. Primero: una información tan curiosa (tan simbólica) no habría desbordado el estrecho marco de la ciudad nueva y sus personalidades, si un sociólogo por casualidad no hubiera pasado por allí. El fenómeno humano se convertiría, en tanto que información, en nacido muerto. Por otra parte, la mera presencia de este sociólogo ha desatado las lenguas; la ciudad nueva, que busca su propia vida, que se pretende colectividad o comunidad, quiere también hacerse conocer. Emite informaciones a modo de llamadas; y acoje (en estas circunstancias) a aquel que las comprende.

En segundo lugar, este hecho significa la presión de la sociedad global sobre la ciudad nueva, que obedece o rechaza. En esta circunstancia, obedece; lo que le obliga a buscar un pasado y muertos allí donde los encuentre: en el viejo pueblo, que el nuevo disocia y niega por su propia existencia. Los dos polos se encuentran. La cultura de la sociedad global que busca integrarse en la ciudad nueva, no sin dificultades y conflictos, es compleja. No solamente se funda en una historia e historicidad, sino que está ligada a una actitud religiosa. Es la cultura cristiana, en la cual los muertos ocupan un importante lugar, es una cultura fundamentalmente trágica...

En lo que concierne al aspecto de «laboratorio social» de la ciudad nueva, consideremos algunas observaciones, seguidas de un comentario que de nuevo excederá (voluntariamente) el estricto análisis de contenido.

OBSERVACIÓN PRIMERA. (Frasas extraídas de entrevistas «en profundidad».) «¿Por qué tendríamos que visitar al vecino? Sabemos ya lo que sucede en su casa. No hay necesidad de cambiar de habitación, ni de moverse...»

Comentario. En el conjunto de la entrevista el interesado (34 años, operador electrónico), se queja amargamente de la falta de aislamiento de la vivienda, tanto horizontal como vertical (paredes, techos y suelos). No puede dormir, durante las semanas en que realiza el trabajo de noche. Los niños le estorban; también las conversaciones, los gritos, las radios. Haría falta seguirle con detalle para saber si hay una conexión entre su actitud en el trabajo (vigilancia de un tablero electrónico) y su actitud en la vida cotidiana. En todas las entrevistas aparece este tema constante: la dualidad «promiscuidad-aislamiento». La promiscuidad, lejos de favorecer los lazos de vecindad y sociabilidad, los destruye; lo cual no puede concebirse sin un conjunto de costumbres y actitudes, ya que en otros países, con distintas costumbres, la promiscuidad y aun el amontonamiento —acompañado de griteríos y escenas ruidosas— no impiden en absoluto la espontaneidad de la relación. Los niños que podrían facilitar las relaciones y aumentar la sociabilidad tienden aquí, en estas condiciones, a inhibirlas.

OBSERVACIÓN SEGUNDA. «Se oiría caer un alfiler. Le aseguro que oigo el gato cuando corre en la casa de arriba.»

Comentario. La entrevistada (maestra, 38 años) acentúa con vigor la impresión arriba resumida. De sus declaraciones se desprende que, al menos para algunos individuos sensibilizados por su trabajo, es imposible fijar la atención con los rumores y ruidos circundantes. Estos individuos no pueden evadirse de la vecindad; siguen sus hechos y sus gestos; los vigilan con una actitud de fastidio y creciente exacerbación, que puede llevarles cerca de la neurosis. Está claro que para llegar a conclusiones concretas nos sería preciso compartir la vida cotidiana de los interesados, lo cual no se podría hacer sin extremas dificultades. A excepción de casos muy raros, parece ser que la sociopsiquiatría de las ciudades nuevas no sale del marco de las pequeñas neurosis: dolores de cabeza, dificultades de carácter, que bastan para fastidiar la vida. Este balance podría ser modificado con el tiempo.

OBSERVACIÓN TERCERA. «Los sábados, ¡vivan los bolos!»

Comentario. El entrevistado acaba de salir de la Marina (Región Loira-Atlántico), y asocia la partida del sábado en coche hacia el mar o la montaña, con el fin del servicio militar. Se queja del aburrimiento que reina en la «ciudad radiante» y critica vivamente un semanario parisino que ha

publicado un reportaje sobre Mourenx con este título. Afirma que las fotos que acompañan el texto han sido tomadas en otra parte. Sin pronunciar palabras rimbombantes, ataca el mito. Sus palabras demuestran la imposibilidad de funcionalizar íntegramente la diversión: ¿no habrá acaso un ocio funcional integrado a la cotidianidad de la vida —descansar, leer la prensa, etc.— y diversiones no funcionales —jugar, marcharse, buscar lo imprevisto, romper la cotidianidad?

OBSERVACIÓN CUARTA. «Preferiríamos vivir en una ciudad donde hubiera chabolas...»

Comentario. Extraña frase. La entrevistada ha vivido sin duda (pero no lo confiesa) en malas condiciones. No es que piense en volver a una chabola con su familia. Se refiere a chabolas para los otros. Muy defectuosamente expresa la idea de que una «ciudad-espontánea» —con sus defectos— ofrece más variedades e intereses que una nueva.

OBSERVACIÓN QUINTA. «No es una ciudad, es una ciudadela [cité].»

Comentario. Esta afirmación ha chocado y asombrado al observador, que la ha anotado cuidadosamente. El término *cité* en ciertos medios pasa por noble y bello (quizás a causa de la *cité* antigua, o de la «ciudad de Dios» de san Agustín?). Aquí, sin embargo, tiene una resonancia claramente peyorativa (probablemente a causa de «la ciudad obrera»). El entrevistado pronuncia por otra parte la palabra con cierto énfasis, lo que nos indica que el término no forma parte de su vocabulario y que él lo subraya dándole así una importancia.

OBSERVACIÓN SEXTA: «No es una ciudad. No hay nada, ni iglesia, ni cementerio. Ni siquiera un paseo. ¡Y nosotros que creíamos venir al Midi...!»

Comentario. Este dato confirma las impresiones precedentes. El cementerio tiene por función racional acoger a los difuntos. Tiene para los miembros del grupo (y en una cultura tradicional, fuertemente arraigada) un valor simbólico. Expresa una continuidad, un lazo con la Historia, el tiempo y el espacio. Su ausencia pasaría desapercibida en una gran ciudad moderna, al menos apenas se echaría en falta; aquí en el pueblo, su ausencia es fundamental. Tanto como el que faltara un lugar de encuentros inútiles o imprevistos: el paseo (semejante al patio, a la rambla, o al bulevar de tantas ciudades meridionales o no). El entrevistado (40 años, delineante, oriundo del Norte) expresa correctamente una la-

guna: la ausencia del elemento «suprafuncional» que hace digna de ser vivida la vida en una ciudad. Y da vueltas sin llegar a expresarse acerca de problemas estéticos o éticos.

Observemos que son precisamente las experiencias de las ciudades nuevas, y más concretamente Lacq-Mourenx, las que nos permiten observar las *necesidades* en estado espontáneo, nativo, casi en estado bruto. No están todavía encubiertas en escondidas motivaciones, justificaciones e ideologías. Se expresan, simplemente. Su paradójico orden de emergencia no deja de ser sorprendente. Aparte de la ausencia de complicadas motivaciones e ideologías, las aspiraciones y necesidades de orden cultural (en el amplio sentido del término) aparecen en las conversaciones ordinarias, tanto como en las reivindicaciones más inmediatas, por ejemplo calefacción, conservación de calles, comercio, etc.

El problema planteado aquí es el de la búsqueda de un método analítico-cuantitativo válido. ¿Aceptar el concepto de «estructura latente» y las técnicas de Lazarsfeld? Pero ¿cómo estimar verdaderamente el surgimiento de estas necesidades, cómo medirlo? Su orden se inscribe en el desorden o viceversa. Irrumpen tumultuosamente, cambian o parecen cambiar. ¿Aceptar a Lazarsfeld? Pero ¿cómo revelar aquí un *continuum* y variables discriminatorias? ¿Podrían las técnicas del análisis jerárquico (de Guttman) captar esta intensa movilidad? ¿Acaso con la clasificación de variables no peligra la unidad de la totalidad del fenómeno humano y su efervescencia? Está claro que los métodos cuantitativos (la matemática de la cantidad, diferente a la matemática de la calidad) no expresan más que realidades establecidas, fijas o considerables como tales. Quien dice estadística dice estática, es decir, lo contrario a globalidad o totalidad en movimiento, con manifestaciones hasta en el mínimo detalle.

Cuestiones demográficas

La superpoblación infantil de las ciudades nuevas ya ha sido señalada y bien establecida por especialistas. Pasamos, pues, rápidamente este punto. La pirámide de edades es en Lacq-Mourenx muy diferente a la configuración media francesa. A una mayoría de parejas en plena forma (28 a 45 años) acompaña una cantidad considerable de niños entre 0 y 10 años. En junio de 1959, por 4.500 habitantes y 920 familias

(cifras aproximadas debido a los numerosos movimientos migratorios) correspondieron 1.720 niños. Lo que de por sí sobrepasa la mayoría de las previsiones escolares.

Esta proliferación en la ciudad nueva no parece destinada a desaparecer. En un determinado momento, más de trescientas mujeres se encontraban embarazadas. Cifra superior a lo establecido como normal y correlativa posiblemente a la «lucha contra el aburrimiento».

Otro aspecto de la cuestión demográfica, la ausencia de adolescentes y jóvenes (así como de personas de edad avanzada) ha sido ya menos estudiado en sus consecuencias, cuando no en su expresión cuantitativa. *La ciudad joven está falta de juventud*. El reparto de estratos o grupos de edad presenta lagunas. Hay un elemento ausente: el que introduce en una colectividad con mayor intensidad la turbulencia, lo imprevisible, el juego. Esta laguna, unida a otras razones, contribuye a crear la impresión dominante de orden impecable e implacable, de enorme aburrimiento, de previsibilidad absoluta, que da la ciudad.

La juventud y la adolescencia, con cuanto tienen de incierto e inquietante, de amenaza al orden establecido, constituyen un elemento insustituible. La ausencia de personas de edad avanzada no colma esta laguna; la agrava; las esposas que no disponen de padres para cuidar los niños o para alivio del trabajo doméstico deben quedarse en casa, a pesar de que el equipo doméstico abrevia sus trabajos. Falta por otra parte en las fábricas empleo para la mujer.

Cuando conviene, el orden (moral y social) se reafirma *contra* la juventud y toma una conciencia de sí a la vez más lúcida y segura. Los observadores, obsesionados por una parte por las «bandas» y los *blousons noirs*, y obsesionados por otra por el orden (moral y social), corren el riesgo de no percibir el conjunto de fenómenos. ¿Cómo se realiza la función lúdica (con todas las reservas para esta expresión)? Se realiza de una forma menos espontánea, pese a la necesidad profunda de espontaneidad. Es organizada. Son las asociaciones de adultos (grupos, clubs), las que recogen entonces el desafío.

¿Puede tener consecuencias para los niños (de aproximadamente 7 años) la ausencia de adolescentes y jóvenes? Parece ser que contribuye a la integración de éstos en sus respectivos grupos. Les faltan «modelos» de acción entre sus padres y ellos. Grupos y bandas poco visibles, se refugian

en lugares oscuros, en descansillos altos o bajos de las escaleras, en entradas de sótanos, o en sótanos vacíos. Al ser numerosos, la vida social es difícil incluso entre ellos. Se encuentran literalmente acorralados entre padres y guardianes. Vigilantes guardianes de la Sociedad Inmobiliaria de Crédito, filial de la Caja de Ahorros, pueden imponer multas bajo el pretexto de orden y lucha contra la depravación. Un orden demasiado siniestro trata de imponerse en la ciudad radiante.

La «nueva clase obrera»¹ y la democracia urbana

Los sociólogos han señalado recientemente los problemas que surgen de las nuevas condiciones de la clase obrera, tanto en la empresa (innovaciones técnicas, creciente automatización) como fuera (vida cotidiana y familiar, ocio). Es ésta una «problemática» inherente a la incógnita que plantea el futuro de la sociedad industrial (o de las sociedades industriales).

La observación de la ciudad nueva aporta algunas respuestas y permite avanzar algunas hipótesis.

En Lacq-Mourenx, en las últimas elecciones municipales, el éxito obtenido por una lista presentada «como apolítica» ha sido mucho mayor que otra mucho más definida y derechista. La lista llamada «apolítica» era en realidad una lista de izquierda constituida, de una manera muy interesante por una alianza local entre los sindicalistas (las tres centrales sindicales, cuyos «delegados», por otra parte, no habían sido ordenados ni designados como tales), los campesinos deseosos de defender sus intereses contra los organismos estatales, e intelectuales, maestros y profesores de enseñanza secundaria. La «nueva clase obrera» ha roto su aislamiento (al menos a escala local) y terminado (a este nivel) con su división.

La denominación «apolítica» no encubre ninguna maniobra. Se justifica en un programa: restauración del libre comercio —contra el monopolio detentado por sus supermercados—; restablecimiento de libertades locales; el municipio reclama atributos y autonomía: presupuesto y bienes,

3. Entre comillas, para indicar los peligros de una manipulación imprudente del concepto.

locales, plazas públicas, mercados y vías, etc. Y todo contra el poseedor (por no decir propietario, puesto que no se trata de propiedad privada) omnipotente y burocrático del conjunto de inmuebles y terrenos, la SCIC.

La etiqueta «apolítica» recubre, pues, una importante y profunda aspiración a la democracia en la vida urbana, a la autogestión de la colectividad, a la socialización, y va dirigida contra la estatización y burocratización centralizada e incluye libertades concretas.

Elegida por una amplia mayoría (ampliada en la segunda vuelta), la nueva municipalidad se ha comprometido en una acción múltiple y difícil. La lucha está en todos los terrenos, incluso en el cultural. Una espontaneidad, a veces algo torpe, siempre conmovedora, la sostiene. Las organizaciones, así como las manifestaciones más diversas, se multiplican: artísticas, deportivas —competiciones—, exposiciones, etc.

Estos fenómenos sugieren algunas hipótesis a verificar y modificar, si hay ocasión de ampliar la entrevista. Aparecen confirmadas por algunos sondeos.

a) La «nueva clase obrera», la de las empresas técnicamente punta (totalmente automatizadas, como la SNPA, Lacq), tiende a tomar en sus manos la vida de la «ciudad». No sólo demuestra un interés, sino que se esfuerza en no remitirse a instancias superiores; estatales, burocráticas, puramente políticas.

b) La «nueva clase obrera» no tiene, pues, los rasgos característicos de la antigua «aristocracia obrera»: pasividad, indiferencia, corrupción. Sobre nuevas bases (dominio del proceso de producción, cuya unidad se reconstituye en el «flujo continuo» de la automatización integral), y a pesar de factores en contra (carácter pasivo de gran parte de los trabajos que consisten en controlar y vigilar aparatos; estricta jerarquía técnica y profesional en la empresa, que repercute en el exterior), advertimos una práctica y una conciencia en formación, con carácter de clase. La «proyección sobre el terreno», en la ciudad nueva, de la jerarquía técnica no desemboca en una dilución de la clase obrera en los estratos amontonados sin contornos de conjunto y sin hendiduras.

c) Hasta fecha reciente, el «medio de trabajo» (o mejor aún: el proceso de producción) daba lugar a relaciones humanas (sociales) complejas, ricas en contenido, en razón al contacto del hombre y el equipo con los útiles y la «materia».

La situación hoy se modifica, e incluso tiende a invertirse. El proceso de producción, en el límite de la técnica, rompe el contacto con la «materia» y aun con la herramienta. Se hace monótono, se convierte en «no trabajo» (control, vigilancia; caso típico y límite: el operador de tablero de mandos). Y sin embargo la unidad del proceso (flujo continuo) se nos muestra mayor. La «nueva clase obrera», dotada de una fuerte cohesión social, por su papel en la producción, trata de crear fuera del trabajo, en la ciudad, relaciones sociales complejas que van hasta la creación cultural, y reinvierte en el trabajo una parte del contenido adquirido fuera, para enriquecerlo. Bajo este punto de vista, la ciudad nueva ofrece posibilidades mayores que la refracción espectral, sobre el terreno, en los barrios nuevos, de la población de las ciudades «espontáneas» (caso de Aix-en-Provence).

d) A su modo, con sus modestos medios, la «nueva clase obrera» está comprometida en una lucha de enorme importancia contra la plaga del mundo moderno: el aburrimiento, la monotonía del proceso de trabajo, el orden de la ciudad funcionalizada, burocratizada.

Son varios los caminos de restitución del elemento lúdico (espectáculos, deportes, juegos organizados, etc.). Pero dada su importancia, este tema merece un nuevo estudio.

La lucha contra el aburrimiento ha comenzado. No sabemos si el enemigo público será derrotado. Y sin embargo de esta lucha, de este desafío, depende, hasta cierto punto, el destino y sentido de la «modernidad».

Índice

Introducción	5
I. Problemas de sociología rural	19
II. Clases sociales en la sociedad rural	39
III. Perspectivas de la sociología rural	61
IV. Teoría de la renta de la tierra y sociología rural	77
V. Introducción a la psicociología de la vida cotidiana	85
VI. Los nuevos conjuntos urbanos	103
VII. Utopía experimental: por un nuevo urbanismo	123
VIII. La taberna-club. Punto neurálgico de la vida social	135
IX. La vida social en la ciudad	139
X. Humanismo y urbanismo. Algunas proposiciones	147
XI. Introducción al estudio del habitat de pabellón.	151
XII. Proposiciones para un nuevo urbanismo	173
XIII. Necesidades profundas, necesidades nuevas de la civilización urbana	185
XIV. Barrio y vida de barrio	195
XV. El urbanismo de hoy. Mitos y realidades	205
XVI. Conferencia en la ciudad universitaria de Antony	215

XVII.	Prefacio al estudio de Ph. Boudon: «Pessac, el barrio Le Corbusier»	219
XVIII.	Intervención en el Seminario de Sociología de Madrid	221
XIX.	Las necesidades funcionales	225
XX.	A propósito de la investigación interdisciplinaria en sociología urbana y urbanismo .	227
XXI.	Elementos de una teoría del objeto	251